



NIÑOS NERVIOSOS

per JORDI PRUNES
PSICOLOGIA

El niño nervioso ha sido siempre objeto de preocupación para los padres y educadores, por el hecho de que constituye un problema, tanto en la escuela como en el hogar.

Su inquietud, su exuberancia y su intensa actividad motriz hacen que las personas que se hallan próximas a él, ya sean niños o adultos, se sientan incómodos. Las madres, en tono de irritación o agotamiento, se lamentan de sus hijos:

"Se muerde las uñas", "no para de moverse", "coge rabetas por nada", "no cesa de molestar a sus hermanos". "Acaba conmigo..."

Si a esto añadimos algunos síntomas como tartamudeos, tics, cambios bruscos, sobresaltos, cansancio, tos, vómito, etc., no hay duda de que estamos ante un niño nervioso e inestable.

No siempre la edad resuelve el problema, a menudo lo agrava. Lo que se toleraba en la primer infancia, y muchas veces se aceptaba por tratarse de un niño pequeño, se va convirtiendo poco a poco en un desequilibrio cada vez más evidente.

Su dificultad para fijar la atención impide que su percepción del ambiente, esté de acuerdo con el estímulo recibido, por lo que sus respuestas se consideran como inadecuadas. Ello repercutirá desfavorablemente en su adaptación a la escuela, donde no logra ser promovido ni aprovecha de la enseñanza como los demás niños, aunque presente un buen nivel de inteligencia.

El principal problema del psicólogo, cuando se le presentan estos niños es el diagnóstico de las causas que determinan su conducta

FOTOGRAFIA: PERE BRU

turbulenta e hiperactiva. ¿Son hereditarias o educativas, las causas del nerviosismo?

Hay unos nerviosos que lo son por naturaleza; por ejemplo, los que con una sensibilidad muy acusada se ven muy afectados por los acontecimientos que dejan en ellos una profunda huella. Ya en la cuna el bebé nervioso duerme mal y se asusta por el menor ruido. Más tarde, su exquisita sensibilidad le hará captar con facilidad la injusticia o la excesiva severidad.

En otros casos, una deficiente organización neurológica determinará una acusada inestabilidad. La sensibilidad en el niño es intensa, pero pasa rápidamente de un sentimiento a otro, su inteligencia es discontinua. Su manera de escribir es típica: no es extraño que sus cuadernos estén desordenados, con mala letra y tachaduras. Será un estudiante que podrá recibir, aunque erróneamente, el diagnóstico de "cierto retraso", cuando lo que realmente sucede es que tiene dificultades para concentrarse y su conducta es dispersa.

Una vez más se olvida aquí, que la principal víctima es el niño, que sufre entre su desequilibrio nervioso y las exigencias de una educación que no le comprende.

Una acción educativa cuyas exigencias sean racionales y que sea al mismo tiempo reformadora de la concentración en la que se acepte al niño nervioso, será más conveniente para los niños que constitucionalmente SON nerviosos (los menos).

Hay ambientes y situaciones que producen niños nerviosos, ejerciendo una influencia desfavorable en su desarrollo. Dichos ambientes son los que dan lugar a que los niños SE HAGAN nerviosos, a que lo sean por estados adquiridos.

Entre las innumerables causas podemos enumerar las siguientes

Ambientes familiares en los que se grita mucho y se hace mucho ruido, viviendas muy pequeñas, familias conflictivas, ambientes tensionados.

Algunos errores educativos como los zurdos contrariados, los mimos, los celos, el exceso de protección, el rechazo, etc.

Padres nerviosos, inestables, irritables, neuróticos, inquietos; en estos casos el niño se contagia: imita la conducta de los padres.

Esta mezcla de dificultades corporales y psicológicas que vive el niño (no podemos olvidar que el niño por ser un ser en desarrollo, está sujeto a múltiples procesos madurativos que le hacen aparecer eventualmente inestable) puede ser contrarrestada por la acción de padres y educadores:

Si dan ocasión a que el niño "se descargue": deportes, aire libre, juegos absorbentes, música, modelado, etc.

Si vigilan su ritmo de vida: sueño, horas fijas, comidas sana y regulares.

Si saben crear una atmósfera tranquila y serena en torno al niño, para que no se acentúe lo que constitucionalmente puede ser normal.

Sin duda, algunos niños pueden "nacer" nerviosos; otros pueden "llegar a ser nerviosos". En todos los casos, la acción de los educadores es de capital importancia a la hora de conseguir que ese nerviosismo se vaya acentuando o llegue a desaparecer.

Solamente una atmósfera de confianza, de afecto y de comprensión mutua, hará posible una educación equilibrada.